

»de los que en guerra mueren. Despiadado,  
 »en torno de la tumba de su amigo  
 »le arrastra Aquiles cuando ya la aurora  
 »á amanecer empieza cada día,  
 »y ni aún así sus miembros despedaza.  
 »Y si á verle llegases, admirado  
 »al contemplar quedaras la frescura  
 »de su cutis, y al ver que ya la sangre  
 »en torno está lavada y no le queda  
 »mancha ninguna, y las heridas todas  
 »cuantas le hicieran fieros los Aquivos  
 »(que sus lanzas en él clavaron muchos)  
 »están cerradas ya. No han olvidado  
 »á tu buen hijo los eternos Dioses  
 »aún despues de su muerte; que de todos  
 »grato fué al corazón cuando vivía.»

Mucho el anciano se alegró al oírle,  
 y así le respondió: «Siempre, hijo mio,  
 »ofrecer á los Dioses inmortales  
 »el tributo de amor que les debemos  
 »es provechoso. Y porque el hijo mio  
 »(si es que tal hijo tuve) de los Dioses  
 »no se olvidó jamás, aunque la Parca  
 »en su poder le tiene, las Deidades  
 »que las moradas del Olimpo habitan  
 »no se olvidaron de él. Mas tú recibe  
 »esta brillante copa de mi mano,  
 »y tuya sea; y con feliz auspicio  
 »á la tienda de Aquiles me acompaña,  
 »hasta que á verme en su presencia llegue.»

Y el Númen respondió: «Porque tan jóven  
 »me ves, anciano, mi honradez ahora  
 »quieres probar: lo veo, y tus palabras  
 »no me seducirán. Sin que lo sepa  
 »Aquiles, admitir ese regalo  
 »no debo yo. Su cólera es temible;  
 »y una parte á tomar de las alhajas  
 »que tú vas á ofrecerle no me atrevo;  
 »no sea que despues, si lo entendiera,  
 »se vengase de mí. Por el camino  
 »yo te acompañaré; y aunque tuviese  
 »que seguirte por tierra, ó embarcado  
 »en veloz nave, hasta la misma Acaya,  
 »yo de tí cuidaría cariñoso.  
 »Y cierto que ninguno se atreviera,  
 »porque á tu compañero despreciase,  
 »contigo á pelear ni hacerte daño.»

Dijo Mercurio: y con ligera planta  
 en el carro subiendo, de las riendas  
 se encargó y el azote; y mucho brío

infundió á los caballos y á las mulas.  
 Y cuando al foso y á las altas torres  
 que las naves aqueas defendian  
 llegaron, ya la cena aparejaban  
 los centinelas; pero dulce sueño  
 sobre los ojos esparció Mercurio  
 de todos ellos. Descorrió el cerrojo,  
 la puerta abrió anchurosa, y con el carro  
 á Priamo introdujo y la carreta  
 que los brillantes dones conducia.

Excelso pabellon á su caudillo  
 hicieran los Mirmidones con altos  
 y gruesos troncos de robusto abeto,  
 y con flexible junco le cubrieran  
 que en los prados segaran; y en contorno  
 ancha cerca formaron con estacas  
 espesas, y la puerta defendia  
 una barra de abeto. Y encargados  
 de quitarla y ponerla tres forzudos  
 mozos estaban; pero Aquiles, solo  
 y sin mucho trabajo, descorria  
 la enorme barra. Cuando allí vinieron,  
 fácilmente Mercurio abrió la puerta  
 é introdujo al anciano y los presentes  
 que al hijo de Peleo destinaba;  
 y del carro bajó, y así le dijo:

«Yo soy, ¡oh Rey! el inmortal Mercurio,  
 »y Júpiter mi padre me ha enviado  
 »para que te acompañe; mas al cielo  
 »torno ya, ni de Aquiles á la vista  
 »me ofreceré; que indecoroso fuera,  
 »siendo Dios inmortal, públicamente  
 »favorecer á un hombre. Entra tú ahora,  
 »y al hijo de Peleo las rodillas  
 »abrazas humilde, y por su anciano padre  
 »y su madre le ruega y por el hijo  
 »que en Esciro se cria, y con tus voces  
 »su duro pecho enternecer procura.»

Despareció Mercurio, y al Olimpo  
 en raudo vuelo retornó. El anciano  
 saltó del carro al suelo, y en la cerca  
 al heraldo mandó que con las mulas  
 parado le esperase y los bridones,  
 y él penetró en la tienda. Estaba Aquiles  
 á la mesa sentado, y á distancia  
 tambien los escuderos; porque solo  
 asistia á su lado Automedonte,  
 juntamente con Alcimo. Acababa  
 el héroe de cenar, y todavía  
 aún la mesa no alzarán. Sin ser visto

entró el doliente Rey; y con sus manos  
 abrazando de Aquiles las rodillas,  
 besó humilde la diestra poderosa,  
 homicida, terrible, que con sangre  
 de tantos hijos suyos se manchara.  
 Como atónitos quedan y admirados  
 los que á la casa ven de un poderoso  
 de repente llegar al suplicante  
 que un hombre ha muerto en su país nativo  
 y el castigo temiendo amparo busca  
 en extraña region; tan admirado  
 quedó Aquiles al ver dentro su tienda  
 al venerable Priamo; y los otros  
 Mirmidones tambien, y se miraban  
 los unos á los otros. El primero  
 habló el anciano Rey, y en dolorido  
 acento dijo al campeón de Acaya:

«De tu padre te acuerda, ilustre Aquiles,  
 »que en rugosa vejez ya de la vida  
 »al término se acerca, y tan anciano  
 »es como yo. ¿Quién sabe si á estas horas  
 »los Reyes comarcanos poderosos  
 »le oprimen con sus armas, sin que tenga  
 »quen le socorra y de la muerte libre?  
 »Pero tu padre en fin, oyendo ahora  
 »que tú vives, espera cada día  
 »verte llegar de Troya y se consuela;  
 »y yo, el más desdichado de los hombres,  
 »habiéndome los Dioses concedido  
 »tantos hijos valientes que de Troya  
 »eran los defensores, decir puedo  
 »que ninguno me queda. Cuando vino  
 »la hueste de los Griegos á esta playa,  
 »cincuenta hijos tenía (diez y nueve  
 »de Hécuba me nacieron, y los otros  
 »de diversas mujeres), y la vida  
 »á casi todos el furioso Marte  
 »habiendo ya quitado, me quedaba  
 »uno solo que á Troya defendiese:  
 »y tú, no há mucho, le mataste, ¡ay triste!  
 »mientras él por su patria combatía.  
 »De Héctor hablo, y él es quien me ha traído  
 »á las naves aqueas. Que me entregues  
 »su cadáver te pido, y un rescate  
 »traigo de gran valor. Respeta, Aquiles,  
 »á los eternos Dioses, y te duele  
 »de este infeliz anciano á la memoria  
 »recordando la imágen de tu padre.  
 »Yo soy más infeliz; pues obligado  
 »á sellar con mis labios ya me veo

»la mano del varon que dió la muerte  
 »á tantos hijos míos; desventura  
 »á que jamás llegaron las desgracias  
 »de otro ningun mortal.» Así decia  
 el afligido Rey; y de su padre  
 acordóse Aquiles, gran deseo  
 le vino de llorar, y con la mano  
 á Priamo intentó de sus rodillas  
 alejar blandamente; pero el triste  
 anciano de sus piés no se apartaba,  
 y en lágrimas los dos se deshacían.  
 A Héctor lloraba Priamo; y Aquiles  
 por su padre, y á veces á Patroclo;  
 y en contorno la tienda resonaba  
 de los dos con los llantos y gemidos.  
 Pero despues que de llorar el héroe  
 se hubo cansado y satisfecha el alma  
 quedó del tierno lloro, de la silla  
 se levantó cortés. Y por la mano  
 asiendo al Rey y alzándole de tierra,  
 y sus albos cabellos y su barba  
 encanecida respetando, dijo:

«¡Ah, Monarca infeliz, que tantos males  
 »has padecido ya! ¿Cómo tuviste  
 »valor para venir de los Aqueos  
 »á las tiendas, y solo, y presentarte  
 »á un hombre que la vida y la armadura  
 »á tantos hijos tuyos valerosos  
 »ha quitado en la lid? De duro hierro  
 »tienes el corazón. Siéntate ahora  
 »en esta silla; y las amargas penas,  
 »aún estando los dos tan afligidos,  
 »dentro del alma reposar dejemos.  
 »Ninguna utilidad del triste llanto  
 »el hombre saca; los eternos Dioses  
 »le condenaron á pasar la vida  
 »en tristeza y dolor, y solos ellos  
 »exentos siempre de pesares viven.  
 »Hay dos grandes toneles á la entrada  
 »del palacio de Júpiter, y dentro  
 »de ellos están los dones que su mano  
 »alternativamente distribuye:  
 »uno es de males, y de bienes otro.  
 »Aquel mortal á quien mezclados diere  
 »males y bienes Jove, en desventuras  
 »á veces cae; pero muchas otras  
 »vive en prosperidad. El infelice  
 »á quien solo desgracias haya dado,  
 »objeto de la burla y el ludibrio  
 »es para siempre; y á do quier que vaya

»la desdicha le sigue y por la tierra  
 »errante vaga, de los altos Dioses  
 »aborrecido y de los hombres todos.  
 »Así á Peleo de mercedes altas  
 »colmaron las olímpicas Deidades,  
 »desde su nacimiento. En poderío,  
 »en riqueza, en honor, en feliz suerte,  
 »á todos los mortales excedía,  
 »y sobre los Mirmidones reinaba;  
 »y aunque mortal él fuese por esposa  
 »una Deidad le dieron; pero Jove  
 »estos bienes mezcló con amarguras.  
 »No en su palacio le nacieron hijos  
 »que su reino heredasen; y uno solo  
 »que al fin le dieron engendrar los hados,  
 »en prematura muerte á la sombría  
 »region ha de bajar. Pero yo ahora  
 »no del anciano cuido, y de mi patria  
 »ausente estoy; y en apartado clima  
 »haciendo cruda guerra, duro azote  
 »soy de tí y de tus hijos. Otro tiempo  
 »tú también, si la fama es verdadera,  
 »dueño fuiste feliz de los tesoros  
 »que contenían la opulenta Lésbos,  
 »puebla de Mácar, la anchurosa Frigia,  
 »y el inmenso país que el Helesponto  
 »con su corriente rápida circunda,  
 »y de prole te hicieron numerosa  
 »padre los Dioses. Pero desde el día  
 »que contigo ensañados te trajeron  
 »la guerra asoladora, de continuo  
 »en torno á tu ciudad muertos y sangre,  
 »y batallas no más, tus ojos miran.  
 »Resígnate, infeliz, y no en perpetuo  
 »llanto así te consumas; porque nada  
 »lograrás con llorar al hijo amado,  
 »ni ya la vida le dará tu lloro;  
 »y acaso todavía te prepara  
 »nuevos pesares el cruel Destino.»  
 Príamo respondió: «No ya en la silla  
 »tú quieras que me siente, mientras yace  
 »Héctor sin enterrar dentro la tienda.  
 »Entrégame su cuerpo y me concede  
 »que mis ojos le vean; y recibe  
 »los numerosos bienes que te traigo  
 »por su rescate, y de ellos venturoso  
 »largo tiempo disfruta, y á tu patria  
 »vuelve feliz, pues el primero has sido  
 »que matarme pudiendo me has dejado  
 »vivir y ver del sol la luz brillante.»

Con torva faz mirándole el fogoso  
 Aquiles, respondió: «No más excites,  
 »anciano, mi furor: yo no rehusó  
 »darte el cadáver de Héctor; que por Jove  
 »enviada mi madre vino ahora  
 »á mandármelo así. Ni se me oculta,  
 »Príamo, que á tí mismo te ha guiado  
 »algún Dios á las naves; pues ninguno  
 »de los mortales, aunque fuese joven,  
 »y robusto, y valiente, se atreviera  
 »en este campo á entrar. Ni de la guardia  
 »así habría pasado sin ser visto,  
 »ni fácilmente la pesada viga  
 »quitado hubiera que de barra sirve  
 »de la estacada á la anchurosa puerta  
 »que nuestro pabellon circunda todo.  
 »Así, cuando me ves tan afligido,  
 »no mi cólera excites: guarte, anciano,  
 »que ni más en la tienda te permita  
 »permanecer y de los altos Dioses  
 »el mandato no cumpla, ni respete  
 »la calidad en tí de suplicante.»  
 Dijo; temió el anciano, y el asiento  
 tomó sin replicar. Después Aquiles  
 de la tienda salió precipitado:  
 no solo, que también le acompañaban  
 dos de sus escuderos, el heróico  
 Automedonte y Alcimo. Estos eran  
 de todos sus donceles los que, muerto  
 Patroclo, él más amaba. Y por su mano  
 desuncieron las mulas y bridones;  
 y al heraldo que Príamo llevara  
 en la tienda después introdujeron,  
 y le hicieron sentar. De la carreta  
 bajaron luego los preciosos dones  
 que de Héctor al rescate destinaba  
 el amor paternal: solo dejaron  
 dos mantos y una túnica de lino,  
 para que en ella envuelto y con los mantos  
 bien tapado el cadáver, se le diera  
 Aquiles al anciano y le llevara  
 á Ilión el heraldo. A sus cautivas  
 llamó después Aquiles, y las dijo  
 que el cadáver lavaran y le ungieran  
 con aceite, llevándole á otra parte;  
 no fuera que el anciano al ver del hijo  
 el exánime cuerpo se irritara,  
 y á contener la cólera en el pecho  
 no fuese poderoso; y que de Aquiles  
 de nuevo airado el corazón, la vida

le quitara allí mismo y el mandato  
 quebrantase de Jove. Las esclavas  
 el cadáver lavaron; y ya ungido  
 con oloroso aceite, le envolvieron  
 en la delgada túnica, y con uno  
 de los dos ricos mantos le taparon.  
 Y alzándole del suelo el mismo Aquiles  
 en suntuoso féretro le puso,  
 y sobre la carreta los mancebos  
 le colocaron. Y afligido al verle  
 dió un profundo suspiro; y por su nombre  
 al amigo llamando, así decía:

«No conmigo te enojas, ¡oh Patroclo!  
 »si oyes decir en el averno oscuro  
 »que de Héctor el cadáver redimido  
 »á su padre entregué; pues un rescate  
 »me da de mucho precio, y de sus dones  
 »la parte yo que á la amistad se debe  
 »consagraré á tus manes.» Así dijo;  
 y á la tienda volviendo, la dorada  
 silla ocupó de nuevo en que sentado  
 antes estaba en la pared opuesta  
 al asiento de Príamo. Y afable  
 hablando con el Rey, así decía:

«Ya del hijo el cadáver rescatado,  
 »Príamo, tienes como lo has perdido.  
 »Yace en fúnebre lecho; y cuando venga  
 »la luz del día le verás, y á Troya  
 »podrás llevarle. De gustar la cena  
 »tratemos ya; porque también Niobe  
 »en medio su dolor, del alimento  
 »se acordó al fin. En su palacio un día  
 »vió morir, ¡infeliz! los seis varones  
 »de que era madre y en la flor estaban  
 »de la edad, y con ellos las seis hijas  
 »que tenía también. A los primeros  
 »Febo mató con penetrante flecha  
 »que airado con Niobe disparara  
 »del arco poderoso: á las segundas  
 »Diana hirió también la cazadora  
 »porque Niobe osara compararse  
 »con la bella Latona, y presumía  
 »ser más feliz, pues que Latona solo  
 »dos hijos engendrara y ella tantos.  
 »Mas á estos muchos, aunque solo fuesen  
 »los de Latona dos, con sus saetas  
 »mataron voladoras. En su sangre  
 »bañados nueve días estuvieron  
 »sin enterrar, y nadie se atrevía  
 »á sepultarlos; que insensibles hizo,

»cual si de mármol fuesen, el Saturnio  
 »á las gentes de Tébas, y los Dioses  
 »al décimo por fin los sepultaron:  
 »y ya Niobe, de llorar cansada,  
 »pensó en el alimento. Y aunque ahora,  
 »en piedra convertida, en las alturas  
 »está del yermo Sípilo entre peñas,  
 »donde se dice que las grutas yacen  
 »de las hermosas ninfas que sus danzas  
 »guían alegres por la verde orilla  
 »del Aqueloo, allí las amarguras  
 »del gran dolor devora que los Dioses  
 »en vida la enviaron. Y nosotros,  
 »ilustre anciano, en la comida ahora  
 »solo pensemos; que mañana el hijo  
 »llevarás á Ilión y por su muerte  
 »lágrimas verterás, y todavía  
 »muchas tendrán que derramar tus ojos.»

Dijo; y saltando de la silla, él mismo  
 una cándida oveja por su mano  
 degolló, y sus donceles afanosos  
 la quitaron la piel; y las entrañas  
 sacándola, en pedazos la cortaron,  
 y clavada en agudos pasadores,  
 al fuego la pusieron. Cuando estuvo  
 asada ya la carne, de la llama  
 la retiraron, y de pan la mesa  
 provevó Automedonte, que en hermosos  
 canastillos trajera. El mismo Aquiles  
 distribuyó la carne, y todos ellos  
 la diestra silenciosos alargaron  
 á los gratos manjares que servidos  
 fueron en abundancia. Satisfecha  
 el hambre ya y la sed, fijos los ojos  
 en Aquiles el Rey, no se cansaba  
 de admirar su estatura y su belleza,  
 que con la de los Dioses competía;  
 y no menos Aquiles admirado  
 estaba al contemplar la faz augusta  
 del anciano y sus canas venerables,  
 y al escuchar sus elocuentes voces.  
 Y cuando ya la vista recreado  
 los dos habían, Príamo el primero  
 con Aquiles habló y así le dijo:

«¡Descendiendo de Jove! ya permite  
 »que á descansar yo vaya, y que gocemos  
 »nosotros dos del sueño. Por mi parte,  
 »yo bien lo he menester; que todavía  
 »los párpados mis ojos no cubrieron  
 »desde el aciago día en que á tus manos

»el hijo mio en desigual pelea  
 »perdió la vida; y en continuo lloro,  
 »penas innumerables devorando,  
 »he yacido en la cerca de mi alcázar,  
 »por el Iodo arrastrándome; y ahora  
 »la vez primera fué que la comida  
 »he gustado y el vino delicioso  
 »humedeció mi paladar.» Aquiles  
 á sus donceles dijo y sus esclavas  
 que bajo el alto pórtico pusieran  
 dos lechos, y con anchos cobertores  
 los cubriesen de púrpura, y encima  
 tapetes extendieran y afelpadas  
 clámides que los dos tomar pudiesen  
 para abrigarse. De la tienda todas  
 las esclavas salieron, y en las manos  
 sendas hachas llevaban encendidas,  
 y diligentes los mullidos lechos  
 aderezaron pronto. En tanto Aquiles,  
 temor aparentando, en misteriosas  
 voces decia al infeliz Monarca:

«Es conveniente, venerable anciano,  
 »que fuera de la tienda tú reposes;  
 »no acaso venga alguno de los jefes  
 »á consultar conmigo, como hacerlo  
 »suelen á veces; pues si aquí te viera  
 »tan entrada la noche, luego iria  
 »á dar aviso á Agamenon, caudillo  
 »de la hueste, y tal vez se dilatara  
 »la entrega del cadáver. Dime ahora,  
 »sin ocultarme nada, cuántos dias  
 »deseas para hacer los funerales  
 »á Héctor; porque entre tanto, ni á campaña  
 »salga yo, ni permita que las tropas  
 »tampoco salgan.» Respondió el anciano:

«Si generoso concederme quieres  
 »tiempo en que celebrar los funerales  
 »de Héctor tranquilos emplear podamos,  
 »yo te agradecería que nos dieras  
 »el espacio de tiempo, no muy breve,  
 »que ya te indicaré. Tú bien conoces  
 »que dentro de los muros encerrados  
 »nos teneis, y es forzoso que la leña  
 »desde el monte se traiga, que está léjos,  
 »y que sin tu palabra los Troyanos  
 »temerian traerla. Nueve dias  
 »en tanto emplearemos en llorarle  
 »dentro el alcázar, en quemar el cuerpo  
 »gastaremos el décimo, y la tumba  
 »en el oncenno á las cenizas frias

»de Héctor erigiremos, y la gente  
 »tendrá tambien el funeral convite;  
 »y al siguiente, si es fuerza, los combates  
 »volverán á empezar.» Respondióle el héroe:

«Haráse todo como tú deseas,  
 »anciano venerable, y las escuadras  
 »el tiempo que me pides contenidas  
 »en las naves tendré.» Dijo y la diestra  
 del anciano estrechaba con la suya  
 para que no temiese, y en el atrio  
 el heraldo y el Rey aquella noche  
 durmieron; pero Aquiles de su tienda  
 en lo más interior al dulce sueño  
 se entregó, y á su lado la graciosa  
 Briseida estaba. En plácido reposo  
 los otros Dioses y la hueste Griega  
 descansaron tambien la noche toda;  
 pero no de Mercurio el sueño pudo  
 adormecer los ojos; que en su mente  
 un arbitrio solícito buscaba  
 para sacar de las aquivas naos,  
 sin que los campeones escogidos  
 que las puertas guardaban lo advirtiesen,  
 al Rey Príamo. Al fin, ántes del dia,  
 acercándose al lecho é inclinado  
 sobre su augusta faz, así le dijo:

«¡Anciano! bien se ve que no recela  
 »males tu corazon, pues así duermes  
 »en medio de un ejército enemigo,  
 »ya que saliste ileso de la tienda  
 »del iracundo Aquiles. El cadáver  
 »del hijo has rescatado, y muchos dones  
 »diste por él; pero si vivo ahora  
 »de Agamenon cayeras en las manos  
 »y lo supiesen los Aquivos todos,  
 »tres veces otro tanto en tu rescate  
 »tus hijos y tus yernos obligados  
 »á dar serian.» Escuchó las voces  
 Príamo de Mercurio; y al oirlas  
 estremeciósese todo, y en voz baja  
 llamó al heraldo que en profundo sueño  
 aún yacia. Mercurio los bridones  
 les ayudó y las mulas prontamente  
 á poner bajo el yugo, y los guiaba  
 él mismo por el valle, y de ninguno  
 fueron sentidos. Cuando ya llegaron  
 al paraje en que el Símois caudaloso  
 es vadeable, al elevado Olimpo  
 voló Mercurio, y la divina aurora  
 ya sus rayos de púrpura extendía

sobre la tierra toda. Caminaban  
 los dos ancianos en silencio triste;  
 y en medio de suspiros y sollozos  
 los caballos á Troya dirigian,  
 y las mulas detras con el cadáver  
 la carreta arrastraban lentamente.  
 Y fué entre los varones y matronas  
 Casandra la primera que de léjos  
 los vió venir; porque, subida entónces  
 en la torre de Pérgamo elevada,  
 á largo trecho conoció á su padre,  
 que en el carro subido ya venía  
 con el heraldo que en sonoras voces  
 en la ciudad los bandos pregonaba,  
 y sobre la carreta vió el cadáver  
 de Héctor en lecho funeral tendido.  
 Y en alaridos tristes prorumpiendo,  
 por toda la ciudad iba gritando:

«Si otro tiempo, cuando Héctor victorioso  
 »volvía á Troya de la guerra, alegres  
 »á recibirle todos y agolpados  
 »de la ciudad saliais, porque él era  
 »de Troya la alegría, su cadáver  
 »venid á ver ahora.» Así gritaba;  
 y ni un solo varon dentro los muros  
 quedó, ni una mujer, que todos ellos,  
 de insufrible dolor opresa el alma,  
 fuera ya de los muros al anciano  
 salieron á encontrar. Y las primeras  
 la cara esposa y la afligida madre,  
 sobre el féretro echándose y besando  
 la cabeza del héroe, los cabellos  
 se arrancaban; y en lágrimas deshecha  
 las rodeaba en derredor la turba.  
 Y hasta ponerse el sol el dia todo  
 gimiendo allí estuvieran, y llorando  
 á Héctor, si desde el carro á todo el pueblo  
 no así Príamo hablara: «Abrid camino,  
 »porque yo pase con el carro, y sigan  
 »detras las mulas; que llevado á casa  
 »cuando hubiere el cadáver, largo tiempo  
 »para llorarle os queda.» Prontamente  
 camino abrió la turba, y la carreta  
 pudo pasar; y cuando ya venidos  
 fueron al régio alcázar, el cadáver  
 en torneado suntuoso lecho  
 colocaron, y fúnebres cantores  
 de ambos lados pusieron que entonasen  
 el himno funeral. Acompañaban  
 gimiendo las mujeres; y afligida,

y con sus blancas manos sosteniendo  
 del malogrado esposo la cabeza,  
 fué la primera Andrómaca que al llanto  
 soltó la rienda, y en dolientes voces  
 así de Héctor habló con el cadáver:

«En juvenil edad, esposo mio,  
 »salisté de la vida, y me has dejado  
 »en el alcázar viuda y en su infancia  
 »al hijo que nosotros, ¡infelices!  
 »del amor conyugal única prenda,  
 »habíamos tenido. Ni ya á jóven  
 »es posible que llegue. No: primero  
 »arruinada será por los Aquivos  
 »esta ciudad habiendo tú faltado,  
 »su antemural, y defensor y padre  
 »de las castas matronas y sus hijos.  
 »Aquellas pronto en las veleras naos  
 »á Argos serán llevadas, y con ellas  
 »Andrómaca tambien.—Y tú, hijo mio,  
 »ó con tu triste madre irás esclavo,  
 »y en vil oficio por ingrato dueño  
 »trabajarás; ó de la excelsa torre  
 »te arrojará indignado algun Aquivo  
 »asiéndote del pié, porque á su padre  
 »Héctor quitó la vida, ó al hermano,  
 »ó acaso al hijo. Porque muchos Griegos  
 »de Héctor á manos sobre la ancha tierra  
 »derribados cayeron, y sus dientes  
 »han mordido la arena. Sí; en las lides  
 »era tu padre campeón temido,  
 »y por eso le lloran los Troyanos  
 »en la ciudad ahora.—Inexplicable  
 »es, Héctor, el dolor y la tristeza  
 »que á tus ancianos padres ha traído  
 »tu prematura muerte, y sobre todos  
 »á mí en herencia llanto y amargura  
 »me has dejado por siempre. Ni el consuelo  
 »tuve de que al morir tú me alargases  
 »la moribunda mano, ni me diceses  
 »saludables consejos que en memoria  
 »tuviera y recordase noche y dia  
 »lágrimas derramando.» Así deshecha  
 en llanto, dijo Andrómaca; y las otras  
 mujeres con suspiros y lamentos  
 en su inmenso dolor la acompañaban;  
 y en medio de ellas Hécuba, afligida  
 mas que ninguna, y con el hijo hablando,  
 así decia en lágrimas bañada:

«¡Héctor, de cuantos hijos he tenido  
 »el que más adoraba el alma mia!

»Ya no es dudoso que á los Dioses eras  
 »caro miétras viviste; pues ahora,  
 »aunque la dura Parca de la vida  
 »te despojó, ¡cruel! de tu cadáver  
 »próvidos han cuidado. Cuando Aquiles  
 »otros mis hijos hizo prisioneros,  
 »á otro lado del mar los enviaba  
 »á que fuesen vendidos como esclavos:  
 »á Ímbros, á Sámos, y escarpada costa  
 »de Lémnos; pero á tí, cuando la vida  
 »te hubo quitado con agudo hierro,  
 »en torno de la tumba de su amigo  
 »Patroclo, á quien mataste por tu mano,  
 »(y ni áun así resucitarle pudo)  
 »te arrastró muchas veces; mas ahora  
 »cual si acabaras de morir y fresca  
 »la carne, yaces en tu mismo alcázar,  
 »á aquellos parecido á quien Apolo  
 »quitó la vida con suave flecha.»

Así Hécuba decia, y nuevo llanto  
 excitó en las mujeres; y de todas  
 última Elena dijo entre sollozos:

«¡Héctor! de todos mis cuñados eras  
 »tú el que yo más amaba. Son corridos  
 »veinte años ya desde que á Troya vine,  
 »¡ojalá que ántes perecido hubiera!  
 »mi patria abandonando, y conducida  
 »por el hermoso Páris; pero nunca  
 »de tu boca escuché malas razones  
 »que ofenderme pudieran; y si alguno  
 »de mis otros cuñados ó cuñadas,  
 »ó mi suegra tal vez (porque mi suegro  
 »siempre cual padre me trató benigno),  
 »con injuriosas voces me insultaba,  
 »tú, con dulces palabras el enojo  
 »suyo calmando, á contener la lengua  
 »le obligabas en fin. Por eso ahora,  
 »en triste duelo el corazón sumido,  
 »á tí y á mí, ¡infeliz! lloro afligida.  
 »Ya no me queda en la anchurosa Troya  
 »más defensor ni amigo, porque todos  
 »sus moradores me detestan.» Triste  
 así decia; y general lamento  
 se oyó en la turba inmensa, y el anciano  
 Rey dijo luego: «A conducir ahora  
 »id leña á la ciudad, ni la emboscada

»de los Griegos temais; que de las naves  
 »al despedirme Aquiles, la palabra  
 »me dió de que la lid suspenderia  
 »hasta que de la aurora amaneciera  
 »la duodécima luz.» Así les dijo  
 el Rey: y los Troyanos, obedientes  
 á su voz y los bueyes y las mulas  
 poniendo á las carretas presurosos,  
 fuera de la ciudad se reunieron,  
 y acarreando leña nueve dias  
 el pueblo todo estuvo. Cuando al orbe  
 iluminó la aurora refulgente  
 por la décima vez, de su palacio  
 sacaron de Héctor el cadáver tristes;  
 y colocado sobre la alta pira,  
 por todas partes la pusieron fuego.

Apénas con su luz el alba pura  
 anunciaba ya el dia, el pueblo todo  
 en derredor de la anchurosa pira  
 que de Héctor el cadáver abrasara  
 se reunia. Cuando ya estuvieron  
 en numerosa turba congregados,  
 con oloroso vino aquella parte  
 de la pira que el fuego consumiera  
 apagaron, y luego los amigos  
 y los hermanos de Héctor recogieron  
 los blancos huesos, sollozando tristes  
 y en abundantes lágrimas regando  
 las cenizas del héroe. Recogidos  
 los albos huesos ya, los escondieron  
 en urna breve de oro que cubria  
 finísimo cendal, y dentro el hoyo  
 la enterraron, con grandes y apiñadas  
 piedras tapando la abertura, y luego  
 la tierra amontonaron; y tenían  
 por todas partes atalayas puestas,  
 no fuese que entre tanto los Aquivos  
 acometieran. Cuando ya la tumba  
 hubieron erigido, á sus hogares  
 volvieron todos; y al venir la noche  
 de nuevo reunidos en la cerca  
 del alcázar de Príamo, el convite  
 funeral celebraron. Las exequias  
 tales fueron que hicieron los Troyanos  
 al adalid de sus legiones, Héctor.

## NOTAS

Los versos á que se refieren, son los de la traducción; los que en ellas se citan, los del original en la edición de Ernesti.

### ADVERTENCIA

Se han escrito para los Helenistas; pero aun los que no lo sean pueden tambien leerlas con alguna utilidad. Sin embargo, no esperen hallar reunidas aquí todas las noticias arqueológicas, críticas, históricas, geográficas, mitológicas y rituales que presupone la lectura del poema, y se hallan esparcidas en sus comentarios y traducciones. Yo supongo que mis lectores tienen suficiente instrucción para no necesitarlas; pero si así no fuese, podrán consultar las Antigüedades homéricas de Feitio, ó las eruditas notas con que Madama Dacier enriqueció su traducción. Las mías están destinadas, como ya dije en el discurso preliminar, no á ilustrar el texto, sino á justificar la version en los pasajes en que me ha parecido necesario.

### LIBRO PRIMERO

Verso 2.º *la venganza*.—Que esta sea la verdadera significacion de la palabra griega *μῆνις* lo deben saber los Helenistas; pero como hasta ahora todos los traductores de la *Iliada*, antiguos y modernos,

la han traducido con la voz que en sus respectivas lenguas significa lo que las castellanas, *ira*, *cólera*, *enojo*, *resentimiento*, *encono*, *rencor*; es preciso demostrar que la *μῆνις* de los Griegos no es precisamente la ira, la cólera, el enojo que excita en el corazón del hombre el agravio recibido, ni el resentimiento que por algun tiempo le queda de la persona que le ofendió, ni el rencor, el odio, la ojeriza, con que la mira, sino la venganza que de ella toma ó procura tomar, los esfuerzos que hace para vengar la ofensa.

1.º La *Iliada* misma toda entera prueba que el poeta se propuso cantar, no *la cólera* que excitaron en el ánimo de Aquiles los insultos de Agamenon, sino los funestos resultados de aquel enojo. Y si sólo de este se tratase, el poema quedaría concluido en el verso 303 del libro primero.

2.º Si el argumento de la *Iliada* fuese la *sola cólera* de Aquiles, sería un poema épico sin accion; porque la ira es una *pasión*. Y no parezca juego de palabras; es una distincion necesaria é importante. Los afectos del ánimo considerados en sí mismos, no son ni pueden ser materia de un poema épico; y sólo llegan á serlo cuando fueron el móvil de alguna accion memorable; y ésta es la que entónces se celebra. Así, la piedad de Eneas pudo ser argumento de la *Eneida*, cuando movido por ella formó y ejecutó el arriesgado proyecto de atravesar los mares con las reliquias de su gente, y fundar en Italia un nuevo imperio para colocar en él las imá-